

ROBERTO CASTILLO SANDOVAL

Antípodas



• CRÓNICAS y ENSAYOS •

Editorial Cuarto Propio

Antípodas

ROBERTO CASTILLO SANDOVAL



Esto no es un libro/ Quien lo toca, toca un hombre. Son los emocionados versos de *So long* de Walt Whitman, y los recordé al terminar de leer *Antípodas* de Roberto Castillo Sandoval, libro escrito desde la experiencia de la extranjería y del borde, y trazado con la lucidez del estudioso, pero con la fuerza, ira, humor, compasión y verdad que solo pueden permitirse los grandes escritores. Lo que leemos es el retrato de un país que, terminada la dictadura, olvidó de inmediato lo único que no podía olvidar: la solidaridad. Las consecuencias de ese olvido han sido inconmensurables y *Antípodas* muestra, como no se había hecho antes, los infinitos rostros que puede tomar ese extravío. Profundamente biográfico, vislumbramos en el libro que si bien es posible que aquello que llamamos patria no exista, lo que sí existe es el amor a la patria, a unos rasgos que reconocemos como nuestros -un barrio, una infancia, una forma de hablar.

RAÚL ZURITA

¿En qué consiste aquello que llamamos Chile? En *Antípodas* de Roberto Castillo Sandoval, la pregunta da pie a una reflexión sostenida y una escritura que no se contenta con urdir lo ya sabido. La noción rectora de este conjunto diverso de escritos es que la identidad y la pertenencia son materias cambiantes e inestables. Son objeto, por lo tanto, de una búsqueda que se practica conjugando la autobiografía y la memoria, el espejo de viajes y lecturas, los saberes del académico, las obsesiones del escritor, con las obligaciones de la ciudadanía. El lector que recorra *Antípodas* se encontrará con episodios que creía olvidados pero que siguen siendo reveladores porque fueron capturados por un ojo ácido, divertido y crítico.

MARÍA LUISA FISCHER,
Hunter College, City University of New York.

La voz de Roberto Castillo representa lo que Walter Benjamin llama el arte de intercambiar experiencias a través de contar historias. A partir de esta aproximación crítica a la historia, que proviene del juicio experiencial del emisor y no de un poder ilustrado, aparece una nueva cualidad en el “ser intelectual” que posibilita una voz diversa y divergente. Sorprendentemente afín y similar a la de los intelectuales del Movimiento Literario de 1842, la voz de Castillo desafía la “voz histórica” oficial y se pretende su envés. Es en ese territorio anverso donde se sitúa este autor como novelista, cronista y crítico cultural.

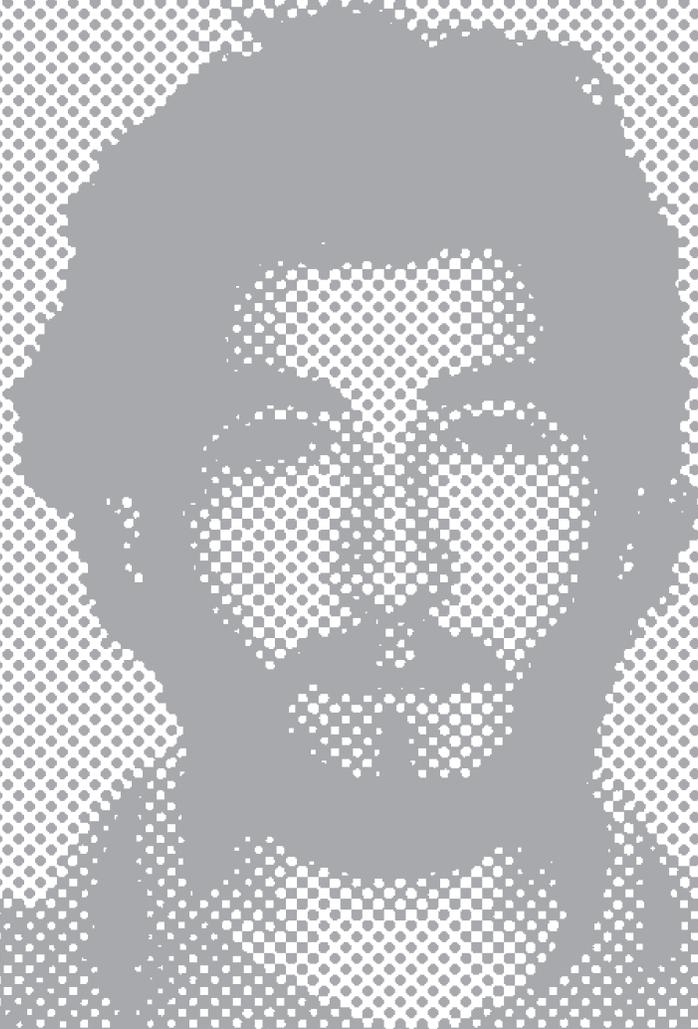
ANA FIGUEROA,
Penn State University, LeHigh Valley.



9 789562 606660

COPIA DE

7.046.101



R.
CASTILLO
SANDOVAL
SECRETARIO

PASA PORTE
PASAPORT



REENTRADA
REENTRADA
REENTRADA

CASTILLO

REENTRADA

<CHELCASTILLO<SANBOVAL

0461617<2CHLS71114IN1

ROBERTO CASTILLO SANDOVAL

Antípodas



Crónicas

EDITORIAL
CUARTOPROPIO

¿Qué sentido tiene lo que algunos andan diciendo, que hay antípodas, que ponen sus pisadas contrarias a las nuestras? ¿Por ventura hay un tonto que crea que hay gentes que andan con los pies arriba y la cabeza abajo? ¿Y que las cosas que acá están asentadas, estén allá trastornadas colgando? ¿Y que los árboles y los panes crecen allá hacia abajo? ¿Y que las lluvias y la nieve y el granizo suben a la tierra hacia arriba en las antípodas?

—Lactancio Firmiano

Elogio del resentimiento (1973-2013)

El acento delator

Todavía tengo la costumbre de referirme a Chile como mi país. Quizá sea sólo un vestigio de modales antiguos, porque cuando digo que Chile es mi país, siento en las palabras algo semejante a esa pulsación que indica en qué parte de la encía se incubaba un absceso. O bien, digo “mi país” como si le agregara comillas. A veces mi ironía es inocente y hasta involuntaria, aunque a veces, reconozco, la saco a relucir con el brillo filoso del sarcasmo.

Aun así, me enorgullezco de no haber perdido el acento original de mi castellano, de haber conservado la cadencia reconocible de mi primer idioma, pero cuando tengo que declarar que soy chileno, siento en la boca ese bordecito metálico que me impide confiar en mis propias palabras. Tal vez un detector de mentiras zanjaría el asunto. ¿Es Chile tu país? ¿Eres chileno? Contesto mordiéndome la lengua y poniendo el cuerpo: contesta la presión sanguínea, contestan la respiración, el pulso, la conductividad de mi piel. Cuando se trata de Chile, ya no soy capaz de saber si miento o si digo la verdad. El cuerpo dirime en su porfiado silencio, el cuerpo del defensor protege el balón hasta que cruza la línea de fondo sin causar mayor estrago.

Nunca volví al horroroso Chile

Salí de Chile por primera vez en 1975, a los 17 años. Estuve afuera apenas un año como estudiante de intercambio, pero

al regreso ya nunca más me hallé. Mi salida definitiva, a los 21, fue el sello formal de un desarraigo que se venía gestando desde mucho antes. El golpe de estado no había hecho más que confirmar mi desapego y en los dos primeros años de la dictadura los milicos me dieron lecciones prácticas que ilustraron por qué siempre me había sentido ajeno en Chile. Por esas lecciones voy a estarles eternamente agradecido. Fue mi educación gratuita y de calidad, teoría y práctica de la nación, mi posgrado en chilenidad.

En 1976, después de mi regreso del intercambio, escribí en un cuaderno: "Nunca volví a Chile". No me acuerdo qué me motivó a escribir eso. Habrá sido algún estado de exaltación desproporcionado, el efecto de un malentendido, alguna pequeña traición, un traspie amoroso que desembocó en esa mezcla de palabras, qué sé yo. Podría haber sido sólo una frase mutante cualquiera, de las muchas que se me pasaban por la cabeza al respirar el aire venenoso de esos días. La diferencia es que de ella quedó constancia escrita. Mi mano la hizo memoria al consignarla en una página de cuaderno de composición de cuarto medio.

Cuando cumplí treinta años me topé con esa frase olvidada entre papeles viejos. Al leerla, sentí un golpe de sangre ardiente en la cara. Me causó tal bochorno reconocerme en ese adolescente que escribía con mayúsculas, que perdí el control y mi sentido del ridículo. Creo que hubo un testigo de esto, acaso dos, no estoy seguro. Agarré a golpes el cuaderno. Le di un paseo por la pieza a punta de puñetes y patadas. Cuando ya sentí que había tenido suficiente castigo, lo fui a botar al incinerador, imaginando que lo echaba al mar.

~~[Llevaba diez años fuera del país al que nunca más volví, ese lugar fantasmagórico de mis sueños. Mis sueños sobre Chile, los más violentos y los más enigmáticos. Los más dulces y vívidos.]~~

Me sacó de mi estado una invasión de conocidos que querían usar mi casa para celebrar algo, no me acuerdo bien qué; traían botellas de Concha y Toro para franquearse la entrada, a modo de soborno. No me encontraron de buen ánimo para fiestas y desistieron temprano de su conato de jolgorio. Me quedé solo, sin poder dejar de pensar en mi cuaderno de adolescente. Al caer la noche, bajé al container de la basura y hurgué a oscuras con un palo entre la mugre, sin poder recuperar nada. Solo logré revolver la hediondez en ese fondo de mar oscuro, donde la luna se reflejaba en la humedad de las bolsas de basura.

De vuelta en mi departamento, me dediqué a rescatar el vino que había sobrado en los vasos de la breve fiesta. Mientras lo hacía, trataba de acordarme en qué año Enrique Lihn había escrito su poema sobre el horroroso Chile, himno del resentimiento patrio, el único rescatable de su libro sobre Manhattan. Llamé por teléfono a una amiga chilena que sabía de poesía y que hasta había conocido a Lihn en persona. Le conté lo que había encontrado en mi cuaderno viejo, le traté de explicar que en mi opinión el famoso “Nunca salí del horroroso Chile”, leído a contraluz, daba como resultado el “nunca volví” de mi negación pueril de Chile. Ella no supo qué decir ante la confusa ridiculez que le planteaba. Le propuse la teoría cufifa de que tratar a Chile de horroroso era un insulto propio de enamorados, pura nostalgia mal disfrazada. “Puede ser...”, me dijo. “Pero lo de Lihn es poesía, lo tuyo es más como un rayado de baño, un rayado de asiento de micro, y habla bien de ti que hayas botado ese cuaderno; guardar esos recuerdos sirve para puro amargarse y confundirse, qué quieres que te diga”. Yo pensé, sin contestar nada: “lo mío no es amor ni poesía, es verdad, es algo mejor que el amor y que la poesía: es resentimiento”. Lo mío era el cardo y la espina, flores mortuorias regadas con sangre de narices, estiércol de colillas de cigarro y

boletos de micro, alambre de púa, veredas quebradas, luma paca, puntete milico, goteras de invierno, remolinos de polvo en los peladeros. Qué podía sentir sino resentimiento contra el murallón coronado de vidrios rotos que para mí era Chile, qué podía hacer sino renegar de mi presencia allí, de mis intentos por encaramarme al murallón con las manos desnudas hechas tasajo. Seguí sin decir nada, a la espera, porque el buen resentido, el resentido que se las da de poeta chileno, sabe guardar la pólvora. Al otro lado de la línea se escuchaba un dingolondango de niños, música, risas de televisor, el batir de la vajilla en la espuma tibia, alguien afinando una guitarra. Es decir, el rumor del silencio indiferente, sustento de toda alma resentida.

Elogio del resentimiento

Conversaciones como ésa he tenido muchas, por lo menos una por cada año de vida en las antípodas, es decir, más de una treintena. No son siempre iguales, no todas son de propulsión a trago, no todas son por teléfono, no todas son con personas vivas. Pero en ninguna de estas ocasiones he explicitado, como ahora, que me asumo, en efecto, como un resentido. En el idiolecto chileno, para agregarle intensidad al epíteto hay que sumarle un sustantivo, el sujeto de la mancilla, del menoscabo: un tipo resentido, o mejor aún, un huevón resentido. Algo he progresado: ahora proclamo mi resentimiento con cierto orgullo, alegremente si me apuran, y estoy dispuesto a conceder altiro el punto si me acusan de resentido, o si me lo achacan tácitamente. Podrá parecer sospechoso que los resentidos celebremos nuestra condición, pero

nosotros los resentidos somos, en el fondo, gente bastante jovial y dada a la verbena.

Ya que nadie más lo va a hacer –creo recordar que el elogio de la tontería Erasmo se lo deja a la misma necedad– yo quisiera aprovechar de ofrecer mi propio elogio del resentimiento. Erasmo, que no era ningún tonto, se alivió la tarea describiendo la necedad de manera tan laxa que a los traductores no les fue difícil brutalizar sus ideas de modo que la estulticia original, materia complicada y profunda, se transformó en una simpletona y payasesca locura. Por lo tanto, prefiero no definir qué es el resentimiento, porque no quiero constreñir un concepto que es tan complejo y tan vasto como la misma estupidez. Además, ya se han equivocado antes plumas ilustres que lo intentaron y pagaron por su fracaso: ahí están los cadáveres podridos y resecos de Kierkegaard, Nietzsche, Scheler; he ahí el ataúd de Weber, la calavera estrábica de Sartre, todos derrotados por el poderío irrefrenable de lo que ellos quisieron despachar como *ressentiment*, una especie de envidia glorificada, una simple comezón infantil de mala fe. Lo mío es distinto. Quisiera más bien elogiar el resentimiento por sus efectos, por la eficacia con que los resentidos del mundo somos capaces de aunar la teoría y la práctica. Nuestra guerra de guerrillas, por ejemplo, está basada en dos movimientos tácticos esenciales: el disimulo pertinaz y la meditada ejecución de la revancha. Acierta Alone, catador de poetas, cuando se refiere al resentimiento como “la llaga secreta” y acierta a larga distancia el historiador Mario Góngora cuando afirma que el resentimiento es el motor enérgico de la historia de América Latina, siempre que esa historia se lea como una marcha abigarrada y multiforme, con avances y retrocesos, hacia mejores formas de justicia. Los resentidos sabemos que el respeto que se nos debe a nosotros corresponde exactamente al respeto que se

debe al derecho y sabemos que toda buena revancha es siempre el prelude del imperio de la ley.

Así que brindo por el resentimiento, porque es la irisada agalla de mutante con que filtro las aguas servidas de la expatria mientras espero que vengan tiempos más justos. Mi resentimiento es la tinta que gotea de estas cartas sin destino ni remitente fijo, estos comentarios reales de mestizo, este manojo de mala yerba de peladero, estos recados tomados de mal talante. Mi resentimiento es la batería recargable de estas querellas.

Dicho de otro modo, mi resentimiento –no es sólo mío, somos legión, y lo de abajo debería leerse todo en primera persona del plural– es sagrado porque a mí me aúpa y a otros los asusta, los repele, les levanta espléndidas ronchas por todo el cuerpo.

Resentidos de mi país, hagamos chasquear nuestras cortaplumas, salgamos del closet, porque es cierto lo que dice el enemigo, el resentimiento es bilis y veneno que carcome al que lo siente, pero sólo si se reniega de él. Si molestamos con nuestro resentimiento, en cambio, dejamos constancia de que, sin nuestra anuencia, la patria, su consenso y sus ordenanzas son un compendio de ficciones estériles, poco más que una serie de alianzas endogámicas, un prolongado simulacro, boato, pura ceremonia. A los momios les advierto que el verdadero resentimiento es vital y fecundo y por eso no puede ser *humilde*; a los otros hay que aclararles que el resentimiento es más potente y más difícil que la solidaridad. Más aún: el resentimiento es la condición de la verdadera solidaridad, la que no admite atajos, la que se caga, si hay que hacerlo, en las buenas intenciones. El resentimiento no es envidia, sino goce lúcido –y lúdico– de lo que se puede potenciar. El resentimiento, aunque imite sus formas, no es rabia destilada, incorpórea, ni rencor, ni odio vulgar, ni tampoco hostilidad, sino reconocimiento *sentido y palpable* de la propia valía, del

cuerpo propio. El resentimiento es pulcritud espiritual. Denme un punto de apoyo y con este resentimiento muevo el mundo.

Scheler dice que el resentimiento es el auto-envenenamiento de la mente; un tal Nietzsche dice que todo super-hombre es incapaz de resentirse por más de quince minutos. Yo declaro desde las antípodas chilenas que el resentimiento es mi guardaespaldas implacable.

Coda y respiro

Gabriela Mistral, con sus ojos de huemul, ojos de agua atenta, dice que el territorio de la patria debe mirarse siempre así: “como nuestro primer cuerpo que el segundo no puede enajenar sin perderse en totalidad”. Lo escribe, resentida, a sabiendas de que su segundo cuerpo era negado y borrado por la patria, sabiéndose enamorada de un país que le tenía vedado tomarse libertades con la primera persona del plural.

Santiago

Ma la città non dice il suo passato, lo contiene come le linee d'una mano, scritto negli spigoli delle vie, nelle griglie delle finestre, negli scorrimano delle scale, nelle antenne dei parafulmini, nelle aste delle bandiere, ogni segmento rigato a sua volta di graffi, seghettature, intagli, svirgole.

—Italo Calvino, *Le città invisibili*⁵.

Tal vez ya no soy chileno (con cada hora que pasa, con cada página que escribo, me importa menos) pero no dejaré de pertenecer a Santiago, por mucho que la ciudad cambie. Es difícil resistirse a una ciudad que sabe seducir mientras simula ser ajena, y más aún si uno todavía es un niño, o apenas ha dejado de serlo. En mis viajes por ella yo tenía la ilusión que la ciudad me veía, que me tenía bajo seguimiento, me rastreaba por el peso de mi cuerpo en las veredas. De otra manera no se explicaba el deleite sensorial de recorrerla, la sensación de libertad que me daba. Me pedía poco a cambio: tolerancia al frío de las mañanas, aguante bajo su sol radioactivo, resignación en sus días de lluvia y barro, y un bronquio biónico, mutante, para ese esmog pardo capaz de cerrar el cielo una cuadra a la redonda. Me tentaba con la poliseñal de los anuncios de neón con letras de menos; me despertaba la curiosidad con la contingencia de los titulares al pasar, con los

⁵ “La ciudad no habla de su pasado, lo contiene como las líneas de una mano, escrito en las orillas de las calles, en las celosías de las ventanas, en las barandas de las escaleras, en las antenas de los pararrayos, en las astas de las banderas, cada segmento marcado a su vez de rasguños, estrías, tallados, arabescos”

misteriosos nombres de algunas calles o líneas de locomoción: Matadero, Cementerio, Tropezón, Las Rejas.

Esto no es nostalgia sino destello de la memoria de un lenguaje vivo y, sobre todo, compartido, repartido en una red infinita de contactos con los conciudadanos; oigo las palabras y me imagino los efectos invisibles de esos signos, los letreros de las micros anunciando destinos como éstos por toda la ciudad, mensajes descifrados en infinidad de claves por millones de personas. Al matadero vamos, al cementerio, al tropezón, a las rejas. Al estadio, al estadio, al estadio, y en esos lugares aprehendidos como propios vislumbré las marcas de otras vidas, la materialidad pavorosa, espléndida, electrizante, de la vida urbana. El aire arremolinado detrás de los vehículos, el olor a carbón y diésel y fritanga de sopaipillas, el vaho de la lluvia en los abrigos, las manos ardiendo de frío, la nuca enardecida por el sol. La X gigante que custodiaba la entrada oriente a la Alameda y que una vez se cayó, girando, sobre los transeúntes.

Tomé la costumbre de subirme al azar a las micros y llegar al final del recorrido, donde ya muchas veces no llegaban pasajeros. En horas de congestión, me iba colgando de la pisadera, sujeto con un par de dedos a la manilla resbalosa, formando con otros cuerpos, otros brazos y piernas voladoras, un racimo compacto que de a poco iba desgajando su breve intimidad. Al final, la micro quedaba vacía y yo me complacía en ser el último en bajar. Después de explorar las calles alrededor del último paradero, deshacía el recorrido en otra micro hasta el centro del laberinto. De ahí salía, si podía, por otro rumbo, y así hasta el anochecer, hasta que el hambre o el cansancio (o el toque de queda, más tarde) me obligaban a volver a la casa. A veces imaginaba que le seguía la pista a uno de los pasajeros y me bajaba con él o con ella en cualquier parte.

Cuando no tenía para el pasaje escolar, caminaba. Varias veces me fui a pie desde el centro hasta los faldeos de Colón Oriente, por las grandes avenidas umbrosas del barrio alto. Pero también vagué por los barriales y las polvaredas de Renca y anduve por San Bernardo, por Puente Alto y Maipú, por Lo Valledor y su olor a sangre, a hueso quemado, por los chiflones del bunker inconcluso –el hospital fantasma– de Ochagavía, hasta los eriazos de Lo Hermida y Conchalí, bordeando los vertederos, las pirámides de ladrillos y las grandes copas de agua en la Panamericana Sur, esas que parecen platillos voladores de una invasión abortada, por las regiones de Santiago, que eran como el desierto, con sus oasis esparcidos al azar.

Cuando las piernas o la condición de mis zapatos no daban para alejarme del centro, me iba por la trastienda de calles al sur de la Alameda, a intrusear por restaurantes clandestinos, conventillos, lavanderías, casonas de ventanas abiertas donde a veces se asomaban mujeres jóvenes a tomar el sol antes de maquillarse para la noche, por zaguanes largos como un túnel donde al final resplandecía el verdor de un jardín recóndito.

A veces reclutaba a un compañero de cimarra y nos íbamos a mirar aviones. Pasábamos la tarde escondidos entre los pastizales de Cerrillos o encaramados a los bordes de un tranque, cerca de los pantanos de Pudahuel. Cotejábamos los aviones con los vuelos que aparecían anunciados en el diario y discutíamos las diferencias entre las siluetas de los aparatos que llegaban o salían.

En las vitrinas y espejos de Santiago aprendí a reconocer el paso de mi silueta cambiante. No todo fue placentero ni expedito. En parques y plazas y cines subterráneos hice descubrimientos tristes, violentos y peligrosos, descubrí algunos de los secretos embriagadores de la primera adolescencia, aprendí a

amar la sensación de pasearme por esos rincones con el corazón galopando en la boca.

En medio de la Gran Avenida, un día de primavera, tiene que haber sido a finales de 1972, agarré una piedra y, con el brazo aterido, lancé mi primer peñascazo en una mocha callejera entre estudiantes. Los camotes echaban chispas al golpear contra el empedrado. No supe si esa primera piedra dio en el blanco, porque entonces llegó el Grupo Móvil y se puso a partir cráneos de estudiantes.

Después del Golpe, mantuve mi costumbre de vagar por Santiago, con las precauciones necesarias, en el aprendizaje de la invisibilidad y el silencio. Me movía por todos lados con la seriedad de un quinceañero que tiene la alucinación de que su deber histórico es certificar daños, tomar testimonio de los efectos y los cambios para la vaga posteridad.

Ese quinceañero va a la Plaza de la Constitución y se queda mucho rato observando La Moneda quemada, en compañía de cientos de otros curiosos, entre los murmullos. Trata en vano de establecer si la gente está contenta o triste al mirar las ruinas chamuscadas, al pasar junto a los restos calcinados de los autos que habían quedado frente al portón central, las astas metálicas horadadas a balazos que todavía se sostenían en pie, desbanderadas. Se va otro día a recorrer las calles donde habían ocurrido las distintas escaramuzas de la batalla de La Legua. Baja y sube por San Joaquín entre Vicuña Mackenna y Santa Rosa, orillando las distintas poblaciones, con las piernas incansables de un adolescente en fase maníaca. Frente a la Sumar Nylon se para a mirar el estuco azul de la fábrica, todavía rodeada de oscuros camiones, picada de balazos de ametralladora punto 50, los grandes ventanales destrozados, las huellas del humo y la quemazón. Sigue

con su costumbre de ir a mirar los aviones a Cerrillos desde los pastizales adyacentes. A veces ve despegar o aterrizar un *Hawker Hunter* y se pregunta si fue uno de los que lanzó sus rockets a La Moneda o a la casa de Allende en Tomás Moro. Como si a alguien le fuera a importar algún día, anota los números de identificación en una libreta de comunicaciones, las horas de llegada o de salida, los emblemas adosados a la parte inferior de la carlinga. Hasta que un día se encuentra con que habían instalado nuevos cercos y torres de vigilancia. Nunca más puede acercarse a la pista resquebrajada del viejo aeropuerto de Cerrillos y los cuadrimotores que salen de Pudahuel se empiezan a poblar de pasajeros que lo miran al despegar, cargados de tristeza.

El Chacal de la Trompeta

Ahí, debajo de las ventanas con las guaguas,
están las Cebollas.
No sé si podrá conseguir
unas poquitas.
El caballero que maneja el ascensor ese,
con paredes de reja,
me dijo que eran para la gente pobre.
Después, dijo algo del Empleo Mínimo.
Yo tenía que irme luego a comprar un plano de
Santiago y una máquina de escribir.

Rodrigo Lira, "Comunicado" (1979)

Quando vuelvo de mi año de intercambio, encuentro que Santiago ya no es una ciudad sino un limbo donde circulan peatones

agrios, más desconfiados que antes. La ciudad, que antes fue una unidad diversa, se ha puesto arisca y se siente como un ensamblaje de espacios desconexos. El silencio establece su imperio en las calles, en las micros, en el reluciente metro que circula por debajo de la Alameda, desde La Moneda a Plaza Italia. No hay sólo mudez, sino un callar porfiado, más profundo, la prescindencia casi absoluta de palabras. Después de un año de añorar mi idioma, me encuentro con las ruinas de un lenguaje y con un tren subterráneo que no lleva a ninguna parte. Las palabras están atenuadas, tan desfiguradas (o disfrazadas) que resultan irreconocibles. La música siempre parece terminar igual, como si estuviera con el tiempo contado. Los músicos tocan como si se fueran a topar en cualquier momento con las notas del Chacal de la Trompeta. Pareciera que no saben bien cómo van a reaccionar—si abandonan a la primera o siguen un poco, desafiantes, si les va a dar rabia, vergüenza, pena o risa— cuando el verdugo enmascarado eleve su instrumento de tortura.

En mi liceo fiscal el miedo también ha consolidado su dominio. Es un terror organizado, provisto de método y de calendario. El ritual de sumisión frente a la bandera de los lunes sirve de molde para todas las interacciones en el colegio y fuera de él. Un festival de música, una kermesse, un campeonato de baby-fútbol, un examen semestral, una exposición de arte, todo se inicia o culmina en algún gesto de avasallamiento. Las genuflexiones a veces son silenciosas, pero a veces vienen acompañadas de aspavientos propios del teatro del absurdo. El currículum ha revertido a la Edad Media; desaparece la educación sexual y en su lugar se nos enseña el modo correcto en que una buena madre oxigena la leche junto a una ventana abierta antes de servirla, o la forma en que un padre responsable sabe desarticular la subversión latente en una gotera o una invasión de hormigas o un tapón quemado.

La clase de filosofía de los cuartos medios la hace un tipo que a veces llega en uniforme de la FACH y otras veces aparece vestido de cura. Filósofo malo, filósofo bueno. La directora llega al trabajo con la escolta armada de su marido militar. El inspector es un ex-tira que se pasea entre las filas de alumnos, revisando con regla que el pelo esté corto y que los jumpers estén largos. Su especialidad es detectar a los fonomímicos que boicoteamos la segunda estrofa de la canción nacional en el acto de los lunes, o a los que aumentan demasiado el volumen en la parte de “hagan siempre al tirano temblar”.

–Oiga Castillo, ¿qué andaba haciendo en Estados Unidos si usted es comunista?

–No soy comunista, señor.

–Castillo, ¿usted sabe por qué me pusieron Columbo los alumnos?

–Porque nos tiene bien rochados, señor.

–Correcta la respuesta del concursante.

Ya en la universidad, hago clases particulares a niños que me llevan al borde del infanticidio. Los fines de semana acarreo sillas plegables y colgadores, rogando a los choferes para que me abran la puerta trasera. Intento vender la mercadería por un par de chauchas en las esquinas, cerca de los centros comerciales. Le hago el quite a los pacos todo el día y por mi silencio alguien diría que también evito importunar a los clientes; sólo hablo si me dirigen la palabra. No sé ofrecer la mercadería. A la vuelta me azoto la cabeza contra la ventanilla de una micro, dormitando con un libro abierto entre los dedos sueltos, pendiente de no perder mi paradero, de no perder la mercadería. Me defiendo a duras penas de un asalto en un callejón, sin tener nada que entregarle al borracho que me muestra su TIFA y me pone el revólver de servicio bajo la nariz. Por mucho tiempo no me comunico

con nadie. No sé contestar bien si otros me hablan. Me cuesta determinar si me hablan en serio o en broma. Le tomo el gusto a andar en la orilla mala del toque de queda, aprendo cómo se desplazan las patrullas. Hasta diría que penetrar ese tiempo y espacio prohibidos es mi forma de arte, mi intervención en la noche santiaguina, con la cordillera de los Andes de trasfondo, ese témpano fosforescente y mudo.

Saldo algunas cuentas, me despejo de amoríos y obligaciones, y apenas tengo la oportunidad me voy de nuevo de Chile como quien sale a respirar después de sumergirse en un estero de aguas muertas. “No me voy”, digo en las fiestas de despedida, “simplemente voy”, pero me centellea en la boca la mentira.

Al despegar el vuelo que me sacó de Chile, miro en dirección al tranque de Pudahuel y le hago una seña al cabro que miraba los aviones –aunque, como bien lo saben algunos, al hemisferio norte uno siempre viaja de noche y lo que se ve de Santiago es una telaraña anaranjada pegada al mapa en fondo negro.

Oda al niño de la víbora

Una vez, cuando era redactor itinerante de *Let's Go!*, una guía turística para mochileros de habla inglesa, fui a dar a una playa en el reino de Marruecos. Me sentía agotado después de semanas de viaje por montañas y desiertos marroquíes, en trenes sofocantes, en camiones cargados de naranjas de exportación y hasta en un camello que soltaba unos gases con olor a maní tostado cuando se veía afligido con la carga.

Corría el mes santo de Ramadán, cuando los musulmanes se abstienen de toda comida o bebida desde que sale el sol hasta que está tan oscuro –según la tradición– que el ojo no distingue un hilo blanco de un hilo negro. Me habían advertido que en zonas rurales, donde apenas se veían extranjeros, tomar agua o comer en público podía provocar reacciones violentas. En todas partes los fanáticos religiosos cuecen y obligan a comer de las mismas habas indigestas.

Como premio por mis pellejerías, decidí despedirme del país de Hassan II alojándome en un hotel para turistas en el balneario de Agadir. Era un paraíso globalizado con vista al Atlántico; allí no se conocían las mochilas ni corría el Ramadán. Tenderse en la playa de arena blanca, gozando del mar, iba a ser el bálsamo perfecto para dejar atrás el tráfico, el regateo constante, la perpetua búsqueda de picadas donde comer o dormir, las fintas entre los vendedores de *hashish* en los laberintos de *souks* y medinas, el olor tercermundista de diésel y fritanga que me impregnaba.

Con un sándwich y una lata de Fanta enrollada en mi toalla, me dispuse a desquitarme, en pleno día y recién duchado, de la

sed y el hambre que había pasado por respeto a las supersticiones ajenas. Así que cerré los ojos, dejé que el sol me entibiara la piel, puse mis zapatillas como almohada, hice un hoyito en la arena para preservar la frialdad de mi bebida, y me dispuse a dormir. Ramada Inn –medité– era mucho mejor que Ramadán.

Estaba en ese estado transpuesto entre el sueño y la vigilia cuando oí una conmoción cercana, gritos en un idioma gutural. Un surfeador alemán y su polola le gritaban a un niño marroquí. El cabro tendría unos diez años y sostenía un balde de plástico rojo en una mano. Con la otra mano hacía gestos para tranquilizar a los dos turistas. “*No problem. Kein Problem. Tranquillo, s’il vous plaît*”, les decía, mientras ellos retrocedían, gritando.

Cuando me acerqué a copuchar, supe por qué los alemanes chillaban tanto. Enroscada en el fondo del balde, encima de unas hojas de diarios, moviendo sutilmente la cabeza de lado a lado y tanteando el aire con su lengua bífida, brillaba una víbora de color negro verdoso.

El cabro me confirmó, en una mezcla de francés, castellano e inglés, que era muy venenosa, pero que sólo mordía si uno la molestaba. Para demostrarlo, puso el balde encima de la toalla de los alemanes y pinchó a la serpiente con una rama seca. La culebra furiosa levantó su cabecita triangular y atacó la punta del palo con sus fauces abiertas. Con un movimiento igual de rápido, el niño agarró a la víbora por detrás de la cabeza, haciendo una pinza con el pulgar y el índice. Un líquido lechoso goteaba de los colmillos expuestos del bicho mientras el niño lo sostenía para que lo vieran los turistas. La serpiente se retorció de rabia, cole-teando. Los alemanes saltaron para atrás en la arena y subieron el tono de sus imprecaciones, como queriendo alertar a toda la playa.

El niño depositó el reptil de vuelta en el balde y me pidió que les explicara a los gringos que eso era una muestra de la naturaleza marroquí y que tenían que pagar por el privilegio de haberla visto en vivo y en directo. El alemán puso objeciones: ellos no habían pedido ver nada, no era justo. “Pero lo vieron igual”, dijo el niño y agarró otra vez la serpiente –agotada después de su feroz lucha contra el palo– para que se dieran cuenta de que gracias a su experto manejo nadie corría peligro. “Si quieren se la muestro de más cerca”. Los alemanes dieron un salto para atrás, recogieron sus cosas y arrancaron al hotel, lejos del microempresario del turismo ecológico. Lo único que soltaron fue una mirada rabiosa sobre el niño, que de refilón me tocó a mí por haber sido testigo o partícipe de su miedo, supongo, o por lo negro que me veía después de semanas bajo sol africano, vaya uno a saber.

La culebra cautiva, ya repuesta del trajín, se acomodó debajo del diario que estaba en el fondo del balde. El niño de la víbora se quedó mirándome, con ojos que eran dos cuchillitos negros, mientras yo volvía a tenderme a mi lugar. Me perdonó la vida, por el momento. En la playa quedaban grupos de nórdicos que se hacían los lesos ahora que el espectáculo había terminado. Creían que demostrar indiferencia los iba a salvar del niño de la víbora, pero se equivocaban.

Tendido de guata en la arena, vi cómo el chiquillo pasó ofreciendo su serpiente por todos los pequeños territorios que los turistas habían delimitado en la playa. En la resolana de la arena caliente, su silueta flacuchenta se recortaba nítida y temblorosa, como un espejismo. El show era siempre igual: preguntar la hora, mostrar la culebra, picanearla con el palo, extender el brazo para exhibir los colmillitos rezumando ponzoña. Todos se asustaban, pero nadie le daba un veinte, porque el niño conocía el arte de meter miedo, pero no sabía cobrar.

Cuando terminó su ronda, supe que me había llegado el turno a mí, que siento por las culebras una combinación visceral de odio y de terror. Cabrocu, pensé, no me jodai a mí, acuérdate que te defendí de los alemanes.

Me hizo el gesto universal de “dime la hora”, para saber en qué idioma hablarme. Me encogí de hombros, pero no hubo caso, porque hablando a lo Manu Chao igual me metió conversación. “España, l’Espagne, Spain”, dijo después de un rato de analizar mis pertenencias. Se puso en cuclillas en la arena y puso el balde con la culebra entre él y yo. Me senté despacito, en parte porque de puro miedo me dio una garrotera y en parte porque quería por lo menos presentar una actitud digna cuando me llegara la hora de caer mordido por un áspid en una playa africana. “No, España no”. La culebra sacaba y entraba la cabeza por debajo del diario, a centímetros de mis muslos, mientras el niño seguía nombrando países equivocados. Después de un rato se dio por vencido y me pidió que le dijera de dónde era. “Chile”, le dije, quizás en qué idioma.

Me acuerdo del olor que exhalaba cuando se me acercó, un aroma como el del pelaje del camellito peorro al que me había tenido que subir en el desierto de los beriberis. Era el olor acre y dulzón, universal, de un niño sudado. Sacó la culebra del balde (no es tan venenosa, me aclaró con un relámpago de sonrisa) y la liberó. La miramos alejarse unos metros haciendo eses sobre la arena, pero el pobre bicho no llegó lejos. Entonces el niño sacó el diario y me mostró una foto, diciendo “eh, eh, Chile”. Y en la foto estaba nada menos que Pablo Neruda, con su jockey y su poncho, en Isla Negra. El niño me preguntó si lo conocía, ya que era de mi país. En su mismo idioma Manu Chao, le dije que en persona no, pero que había estado en ese exacto roquerío frente al mar donde habían sacado la foto del poeta. Me dijo que en árabe poeta

se decía *sha'ir*, y mientras escribía arabescos en la arena yo le conté que las rocas en Isla Negra tenían forma de animales.

El niño perdió interés, como hacen los niños cuando les cuentan como novedad algo que ellos ya sabían, o cuando les mienten sin gracia. “En Marruecos también las rocas tienen forma de animales”, dijo, como para cerrar el tema. Con sus deditos morenos recortó la foto del diario para dármela de recuerdo. Corrió luego con el balde a recuperar su serpiente, mimetizada entre medio de unos huiros. Recogió otro palito seco, se dio vuelta para despedirse y se fue caminando por la playa ese septiembre de Ramadán, aniversario de la muerte del poeta de la fotografía. Cuando lo vi por última vez, en el crepúsculo, el niño levantaba en sus manos no una flor, no una lámpara, sino una víbora ponzoñosa.

Controles fronterizos

Cada vez que paso por un control fronterizo me transpiran las manos. Todas mis certezas desaparecen cuando meto la mano al bolsillo del pasaporte. Nunca sé si lo voy a encontrar o si se habrá caído por ahí, a diez mil kilómetros de distancia. Lo palpo y lo dejo bien humedecido con mi nerviosismo pestilente antes de pasárselo a la autoridad. Apenas sale de mis manos, la libretita azul empieza a transmitir un código secreto. Le habla a la computadora mientras el agente teclea y confirma la forma de mis orejas, los lunares, mi sonrisa chueca y más falsa que Piñera. El policía clikea su mouse y yo trato de domar el párpado que se me encabrita.

El secreto que contiene mi pasaporte ahora se revela con rayos láseres, ondas infrarrojas o ultravioletas. Antes eran elementos más simples, pero igual de inescrutables para uno: la secuencia de números perforados en cada página, el color de la tinta, o algo tan simple como un granito de arena atrapado entre la foto y su cubierta plastificada. En Cuba me contaron que el funcionario a cargo de falsificar los pasaportes de los chilenos que volvían clandestinamente depositaba un granito de arena sobre la foto antes de sellar la página con plástico. Al momento de llegar a Chile, ese granito delataba al viajero. La inteligencia cubana detectó el método y un último grano de arena tropical mandó al falsificador infiltrado al paredón de fusilamiento.

Todo patiperro tiene cuentos de pasaporte. Expiraciones súbitas, extravíos barrocos, accidentes de lavado, incendios, asaltos, todo tipo de desgracias que no tienen perdón en las fronteras. Los agentes fronterizos son gente inclinada al aburrimiento y la

crueldad. Está el que se demora dos segundos más de lo necesario. Está el que te pide que te saques los anteojos o que mires para el lado. Una vez me tocó pasar de México a Texas, en bus. Recogieron los documentos de los pasajeros y luego nos hicieron esperar en una sala. Por un vidrio blindado se veía cómo el agente iba tomando los pasaportes, uno por uno y llamando por altoparlante. En ese tiempo los pasaportes chilenos eran rojos y el mío resplandecía en medio de la ruma. Cuando lo tomó, me dirigí a la ventanilla, para ahorrar tiempo. El tipo puso mi pasaporte de vuelta en el montón y llamó a otra persona. Lo hizo un par de veces más, hasta que me di cuenta del jueguito y fingí completa indiferencia. Como castigo, me mandó de vuelta a Ciudad Juárez, porque algo raro le encontró a mi visa de estudiante y porque yo no supe explicarle qué andaba haciendo en México.

Hay algunos que te joden con extrema amabilidad, como el gendarme que me negó la entrada a Francia la segunda vez que usé mi visa, a pesar de que era válida para “varias veces”.

—Voy de paso, a Holanda, no me quedo en Francia, señor —le dije. ¿Y esa “p” en la visa no quiere decir *plusieurs* por el número de entradas?

—*Oui, monsieur* —contestó— más de una ya empieza a ser varias.

—¿Entonces por qué las opciones son 1, 2 y P?

El gabacho dijo, torciendo el mostacho:

—*Monsieur*, si me permite, una vez fue demasiado, para este pasaporte tan... tan transpirado.

Obligado a pasar el día en Basilea esperando un tren que die-
ra la vuelta por Alemania, me fui al zoológico de esa ciudad, que es bien famoso. Allí vi a dos jirafas apareando en la tarde dominical, mientras cientos de suizos, viejos y niños, las aplaudían y les sacaban fotos. Aprovechando mi arrobo ante la pericia amatoria

de la pareja de jirafas, un lanza me sacó toda la plata de la mochila pero me dejó, intacto, mi rojo pasaporte manoseado.

Confiando en que ésa era una señal divina (y considerando que me habían dejado sin una chaucha para tomar el tren que se iba por Alemania), decidí hacer un nuevo intento de subirme al tren hacia París. El gendarme que me tocó era idéntico al de la mañana, pero no era el mismo. Tomó mis documentos, me miró de arriba abajo y me golpeó el pecho con mi pasaporte manoseado, en gesto de devolvérmelo. Bienvenido a Francia, me dijo, y luego algo que me sonó igual a “*mort à Pinochet!*”. Una compañera de asiento me confirmó que eso era lo que había dicho, pero hasta el día de hoy no me convenzo del todo. Dormí las seis horas que demoré en cruzar Francia con la mano en el pecho, encima del lugar donde mi pasaporte colorado me latía al unísono con el corazón.

Habanera en tres tiempos

En La Habana, un día cualquiera, pasa de todo. Por la mañana, me encuentro con un amigo en su casa del barrio de Vedado. Mientras tomo café, admiro los mangos que amarillean en su antejardín. Salimos a dar una vuelta y, en un gentío, nos encontramos a boca de jarro con una blanquísima sonrisa. Mi amigo la reconoce al instante y extiende la mano, explicando: “soy chileno, residente acá”. El alcalde de Santiago no atina más que a devolver el saludo, sin imaginarse que estrecha la mano de un exoficial de las fuerzas chilenas entrenadas en Cuba. Intercambian las cortesías propias de nosotros, que a los cubanos les suenan arcaicas, algo cómicas. Para el alcalde, político avezado, resulta fácil no relajar las mejillas y gana lejos el gallito de sonrisas. El viento de cuaresma que anticipa la primavera tropical chascone a los dos sonrientes, mientras ellos se quedan congelados, como posando para la curiosidad de los habaneros que no tienen idea de la historia que hay detrás de ese saludo espontáneo. Se sueltan las manos y cada uno parte a rezarle a su santo.

Por la tarde tengo mi propia cita con los santos. Arrecia el calor. En una casa de la derruida Habana Vieja, espero que empiece el despojo con que una amiga gringa quiere desprenderse de los malos espíritus. Vengo de traductor, nada más; de estas cosas sé muy poco y creo menos. Entramos a la pieza donde se ha dispuesto un altar a Yemanyá. En un rincón está la cajita blanquirroja que contiene a Oggún, dios de rayos y truenos. Fulgura el amarillo ámbar de Ochún, la seductora, rielando en los siete vasos de agua que convocan a los antepasados. Huele a aguardiente, almizcle y agua de colonia, todo revuelto con humo de habano.

La santera es una vieja flaca que sigue siendo tan hermosa y risueña como su foto en sepia. San Lázaro la mira, con sus llagas moradas, su cara de achacado y sus *elekés* multicolores. Comienza el ritual y cumplo mi deber de intermediario, transmitiendo instrucciones, preguntas y respuestas. En eso llega Francisco, el espíritu de un cimarrón cascarrabias que se posesiona de la santera. Por medio de la voz enronquecida de la vieja, Francisco dice que está ahí el espíritu de mi abuelo. Yo, como soy incrédulo, pido confirmación. “¡*Sericordia!* ¡*Caraho!*” reclama, pero me la da, precisa, irrefutable. La santera me dice que también necesito despojo y no me queda más que someterme al spray de alcohol con agua bendita que ella me resopla por la cara. Me enjuaga con adobo de azahares y hierbas fragantes, me azota con unas ramas y me sofoca a sahumeros, cantando en lucumí. Salgo a la calle sin saber qué me pasó, todo mojado, hediondo a trago y a colonia, con la cabeza llena de pétalos y con diez dólares menos, pero con la protección de Ochún, la Venus del panteón de los orishas.

En la noche el calor no da tregua. Al filo de las doce, cruzo el barrio chino, sorbiendo un helado de mango y llego al Paseo del Prado, el bulevar más hermoso y más sombrío de América. Me siento y prendo un tabaco, cateando la multitud. Cabrera Infante dice que el gentilicio de su ciudad es hablanero. Tiene razón: una ingeniera y Testigo de Jehová se instala y me cuenta su vida completa, sin darme tiempo de intercalar palabra. Se declara anticomunista, pero fidelista hasta la muerte “porque cuando habla ese hombre así se me ponen los pelos, me da como una *friad-dá*”. Para ilustrar se tira los vellos de los brazos. Sigo caminando hacia el Malecón por el bulevar umbroso. Una muchacha de amarillo me hace señas desde un auto, como si le pasara algo. Al acercarme veo que padece de una hermosura luminosa, cinematográfica. El que maneja es un turista por lo menos 40 años mayor que ella.

“Papi, ¿hablas inglés?”. Le digo que sí con la cabeza mientras el gringo y yo nos escrutamos. “¿Sabes en qué dirección se va hacia la Catedral?” Otro sí. “Óyeme. Cuando te pregunte el americano, mándalo a la dirección contraria, mi vida ¿me entendiste?”. Cuando el auto se aleja, la bella Ochún me agradece con una sonrisa. En ese preciso instante, me van a creer, estalla un rayo azul metálico y se refresca el aire con un aguacero en venganza que no escampará hasta el amanecer.

Usted saque de este baile sus propias conclusiones. Eso es lo que uno se ve obligado a hacer a cada momento en esa ciudad; es lo que agobia, y lo que maravilla, de un día en La Habana.

Infante difunto

Para Roberto Ignacio Díaz

Al final de la historia, jamás volvió a Cuba Cabrera Infante porque lo sorprendió en cierta clínica inglesa el mal de Juan Dahlmann, la septicemia. Para este cubano perdido en Inglaterra, a pesar de que admiraba a Borges, un viaje de realidad alternativa –a las Antillas, su punto cardinal más importante– o una muerte gloriosa no eran ninguna salvación. La salvación habría sido el regreso a la isla que llevaba consigo a todas partes. Pero hizo una mala apuesta sobre su vuelta, al condicionarla a la caída de Fidel. La joda es que el comandante se da costalazos y sigue tan campante, mientras que Cabrera Infante muere a la semana de haberse resbalado en el baño de su casa. No se ofenda el lector: él mismo habría gozado haciendo una rutina cómica sobre el asunto, armando quizás qué choteo con el tema de los resbalones y la muerte.

Cabrera Infante era un escritor de escritores: un amante del lenguaje, en especial del cubano y sus variantes. Quizás por ese amor a la lengua escribió con tanta furia en contra de quien le cercenó los lectores y lo condenó a tener que imaginarse las conversaciones que en otros tiempos espiaba con solo salir a dar un paseo por el Prado o por Carlos III, o por el Malecón, húmedo de oleaje en esta época del año cuando se anticipan los vientos de cuaresma.

Obligado, Cabrera Infante construyó su propia isla en la distancia. La mantuvo viva con sus incesantes juegos de palabras y su capacidad de adaptar su propia voz al idioma de su país adoptivo,

Inglaterra. Este escritor podía darse el lujo de traducirse a sí mismo sin perderse en el intento. Con la complicidad de Suzanne Jill Levine, trocó el título de su novela *La Habana para un infante difunto* a la versión juguetona y alusiva de *Infante's Inferno*, captando así la traslación y rotación de la infancia al exilio dantesco con un simple soneo de la pluma. Cuando reunió sus escritos políticos en un volumen de alto amperaje, lo llamó *Mea Cuba*, título que es una cápsula de humor cianúrico típica de Infante, es decir, infantil, pero mortalmente reveladora. Ese “mea” es simultáneamente adjetivo de reapropiación y reconocimiento del país perdido, y verbo esencial para una isla siempre incontinente, isla que nunca ha cabido en sí, isla que se inunda. Lo llevó al inglés como *Cuba is Pissing*, muestra de gratitud a los británicos que lo acogieron y supieron apreciar su humor y el orgullo de dandy desterrado con que a veces jugaba a disfrazarse.

A muchos les habrá molestado y les seguirá molestando el anticastrismo implacable de Cabrera, y no habrá obituario que no mencione este aspecto de su producción intelectual. En cierto modo esto es una lástima, porque etiquetas como ésa alejarán a lectores que bien se beneficiarían de su escepticismo irredento. En Cuba se guardará silencio público sobre su muerte, para no correr el riesgo mortal de ser inconsecuentes con el ninguneo que ya lo había matado oficialmente. En Granma Digital de hoy, un día después de su muerte, veo que no cabe una mención sobre este maestro de las letras latinoamericanas, pero sí hay espacio para destacar el lanzamiento de un librito de santos llamado *Chávez nuestro*.

Ahora bien, si alguien deja de leer a Cabrera Infante porque habla pestes de la revolución cubana, está en su pleno derecho, pero sepa que se pierde, por ejemplo, lecturas como la maravilla ingeniosa de *Puro humo* (*Holy Smoke*), una historia a la cubana del

tabaco, protagonizada por el puro, *also starring* el cigarrillo y la pipa, que a veces de verdad es solo una pipa (*as herself*). Aunque le aconsejo que no se descuide, porque Cabrera Infante lo podrá distraer con la liviandad irónica, pero de ahí puede pasar, sin que se note la costura, a desplegar la artillería pesada, como en *Mea Cuba*, cuando vincula suicidio con revolución, comenzando por el mismo Martí (“mi mártir Martí”), para activar una metáfora amarga que es más bien un arma de destrucción masiva para incautos. Un puro-bomba que no es puro humo.

A un amigo chileno que lo encuentra panfletero le expresaba hace un rato mi desacuerdo, porque siempre he creído que Cabrera Infante fue lo contrario de un panfletero (aclaro que a los panfletos yo nunca les he hecho asco, desde la vez que me tuve que comer uno en una cuca, que no es la cuca cubana sino la patrullera policial chilena). Los panfletos terminan, acuérdense muchachos y muchachas, con una sarta de verbos en infinitivo, imprecaciones de impotencia o de esperanza demasiado lejana. Los “panfletos” de Cabrera Infante, en cambio, terminan en preguntas, indican un punto que se desvanece en el horizonte, algún punto de fuga para personajes que no están seguros de dónde están ni de qué exactamente se trata la película.

Cuando aceptó su premio Cervantes en 1997, Cabrera Infante imaginó un diálogo con el autor del Quijote. Hoy, al saberlos muertos a ellos dos, adquiere un cariz melodramático que seguro le hubiera encantado al cubano:

“Cervantes tendría mi edad exactamente ahora, pero era obvio que estaba en el invierno de nuestro contento: Cervantes por su Don Quijote, yo por mi Cervantes.

–Eso es inevitabilidad –dije.

–Es una palabra larga –dijo Cervantes.

–Es una palabra demasiado larga –dije–, pero inevitable.”

Hacia el final de su discurso ante el rey, nuestro Infante difunto hace una pregunta con la que acaso le gustaría que lo despidiéramos o lo consoláramos hoy: “¿qué es morir sino una forma de organizarse?”

Organizado o no, igual en La Habana se encontrará a partir de hoy a Cabreado Infante con un Romeo y Julieta entre los dientes, en una ventana con vista al amanecer en el trópico, a la espera de ciertos resbalones.

La pieza de Ernest Hemingway

Iba a escribir sobre Fidel y su hermano Raúl, pero terminé pensando en un hotel de La Habana y en asuntos que tal vez se relacionen con ellos. O tal vez no, quien lee decide, porque el blog *Noticias Secretas* es territorio liberado. Territorio libre de América, como decía (¿lo dice todavía?—hace tanto que dejé de escucharla) la vieja transmisión de Radio Habana.

En la Habana Vieja, en la esquina de Obispo con Mercaderes, está el Hotel Ambos Mundos, donde Hemingway empezó a escribir su novela sobre la guerra civil española *Por quién doblan las campanas*. El hotel, restaurado a su antiguo esplendor, ahora es parte de un consorcio español asociado con el gobierno cubano (es decir, con las fuerzas armadas que se reparten la administración del negocio del turismo).

Después de la renovación, la habitación 511 del Ambos Mundos quedó como era antes de la Revolución. Conserva el piso original de baldosas, testigo de las aventuras literarias y extra-literarias del novelista norteamericano. Dice la leyenda que una jovencita llamada Jane Mason se quedó atascada tratando de entrar por el montante de ventilación, esa especie de ventanita encima de la puerta que tienen los hoteles del trópico.

Durante el día, la pieza de Hemingway se convierte en museo, a cargo de una funcionaria que sabe hasta los detalles más triviales de la biografía de Hemingway. Me acuerdo de haberle pedido, aprovechando que la veía a menudo al salir y entrar (me había tocado el cuarto adyacente a la 511), que me contara algo sobre Hemingway que nadie más supiera. Me contestó que era historiadora titulada y que ella no decía nada que no estuviera corroborado y por lo tanto bien sabido por otros. Después dijo,

como cambiando el tema, que en las baldosas del umbral se ven las marcas que fueron dejando las llaves al soltarse de las manos de don Ernesto cuando volvía al hotel con demasiados mojitos en el cuerpo.

En la pieza-museo no hay casi nada de interés: una máquina de escribir antigua dentro de una caja de vidrio, una vitrina triste con libros azumagados por el trópico, un barco a escala de bonsai, algunos papeles manuscritos, un estuche con un par de lentes, un teléfono antiguo en un velador y una lámpara sin ampolleta que parece sacada de un hospital. Hay algunas fotos colgadas en las paredes blancas, entre ellas una de Hemingway con Fidel en la que no se sabe cuál de los dos está más incómodo mientras aparentan lo contrario.

En la cama, colocados con exacta simetría, hay diarios antiguos. Los titulares que alguna vez fueron tan urgentes ahora se leen como trivia del siglo veinte: bombardeos, invasiones, hazañas de prensa amarilla. La cama está acordonada y parece demasiado frágil para haber sostenido a un peso-pesado como papá Hemingway.

“Todo lo demás ha cambiado, pero esto sigue igual”, me dijo una tarde la encargada y cuando decía “todo lo demás” hacía un gesto como abarcando el mundo. Me quedé sin saber qué la entristecía, si el cambio o la permanencia. Cuando no llegaban turistas a mironear el pseudo-museo, se dedicaba a leer novelas, a conversar con las mucamas y a mirar por el balcón. A las 5 de la tarde en punto, cerraba las celosías y la puerta, sin que nunca se le escapara de los dedos su manojito de llaves, ni al entrar, tempranísimo, ni al salir.

De noche, el Ambos Mundos se transforma. El lobby se llena de música de piano y del ruido de copas del bar. Como queda en

una esquina, el lugar, amplio y aireado con sus ventanales franceses, es un perfecto punto de citas para turistas, como debe haber sido para los habaneros de tiempos de Hemingway. La diferencia es que ahora los cubanos tienen prohibido entrar a ese hotel. Excepto, claro, los que trabajan ahí: mucamas, meseros, cocineros, aseadores, ascensoristas-guardias. Los ascensoristas son los encargados de que no pase del lobby ningún cubano sin autorización. Tienen un ojo certero para identificar a los que no son turistas. Casi nunca se equivocan, aunque a veces los pasajeros o turistas negros tienen que identificarse, especialmente si son mujeres o muchachos jóvenes, sospechosos de jinetear.

Por eso me extrañó lo que vi una noche al volver al hotel. Antes de entrar ya las cosas no cuadraban, porque justo frente a la entrada del lobby, estacionado en diagonal y bloqueando la calle, había un automóvil negro charol, muy lujoso, italiano. En esa esquina no circulan vehículos particulares y los taxis pueden parar mientras descargan o recogen pasajeros, pero solo un par de minutos vigilados por un policía de punto fijo. Ahí estaba esa noche la berlina Lancia, enorme, inamovible, en zona prohibida, con un tipo apoyado en el capó, fumando en actitud de ser el chofer.

Lleno de curiosidad, crucé el lobby-bar y me dirigí al ascensor. Ahí la cosa se puso más y más curiosa: el aparato estaba lleno de cubanos, pero el ascensorista, un hombre amable y digno a quien yo había visto expulsar sin piedad a más de una jinetera que intentaba colarse del brazo de un turista, ni siquiera chistaba. Sólo cerraba la jaula, apretaba botones y subía con su carga ruidosa de habaneros y habaneras. Más extrañeza: los cubanos que invadían el Ambos Mundos esa noche iban vestidos de gala: trajes impecables para los varones, vestidos espectaculares para las mujeres, una colección casi apabullante de gente lindísima

luciendo sus joyas y peinados. Me puse en fila para el ascensor, pero la aglomeración y la bulla me hicieron desistir y subí por las escaleras.

Al llegar al segundo piso encontré la explicación, porque ahí, en un salón que funcionaba como galería de esculturas, había una tremenda fiesta, con orquesta de veinte músicos, flores por todas partes, candelabros, largas mesas de comida en *buffets* y botellas de champaña. Parecía la boda de una princesa, y eso era, porque allí se festejaban, según averigüé de buena fuente, las nupcias de la hija de un funcionario de gobierno o de un alto jerarca militar. Eso explicaba el Lancia estacionado en lugar prohibido y el acceso de esos cubanos *dressed to kill* al interior vedado de un hotel de turismo.

La opulencia ostentosa de la celebración todavía se sentía en el aire a la mañana siguiente. Mientras bajaba en la lenta jaula del ascensor vi un ejército de gente trabajando con aspiradoras, escobas, bolsas de basura. No sé qué habrán pensado esos cubanos al limpiar y ordenar después de una fiesta que no era de turistas sino de compatriotas, sus iguales según el discurso oficial. Seguramente habrán pensado y sentido lo mismo que millones de sirvientes que limpian después de fiestas ajenas en toda América Latina. Por la escalera también divisé a la historiadora del Ambos Mundos, que subía a su cotidiano puesto de combate. La saludé desde mi jaula en descenso y ella, esta vez con una sonrisa, me hizo su gesto favorito con los brazos, abarcando el mundo entero encapsulado en el Ambos Mundos, como diciendo “esto sigue igual”.

Muchos Méxicos

Cuando era joven e indocumentado, estuve un verano trabajando como pintor de brocha gorda en Texas. Así me tocó conocer a muchos mexicanos, la mayoría inmigrantes ilegales. Los mexicanos me tomaban como uno de ellos, sobre todo después de que el sol implacable de Dallas nos había igualado cromáticamente en un tinte nescafé clásico. Había de todo entre mis colegas, pero por afinidad natural me hice muy amigo de un chilango (habitante de Ciudad de México) que amaba a Juan Rulfo. De repente se mandaba unos suspiros, mientras pasaba el rodillo y me decía “¿en qué país estamos, Eduviges?”. Hicimos trío con un norteno medio analfabeto, excelente jugador de fútbol, que se sabía de memoria algunos partidos del Pachuca y todos los vericuetos de la telenovela “Los hermanos Coraje”.

Teníamos conversaciones memorables en los descansos, tirados a la sombra en los prados de la mansión que estábamos pintando. Pertenecía a los hermanos Hunt, dueños del imperio de los tomates enlatados, ultramillonarios y mortales enemigos de la inmigración mexicana. Recuerdo una de estas pláticas, en las que el pintor futbolero me preguntó que en qué parte de México estaba Chile. El otro se rio y le dijo “pinche bruto, que no sabes que Chile no está en México, pos si es otro país”. El futbolero era de esas personas admirables que nunca se ofenden por nada, y le respondió que por qué no podía haber dos Chiles, uno en México y otro en otro país. El otro le rebatió:

—¿Qué, que acaso hay dos Méxicos por ahí?

La réplica del futbolero todavía me da vueltas por la cabeza, especialmente al ir siguiendo las alternativas novelescas de la reciente elección mexicana:

—Hay muchos Méxicos, hay Méxicos por todas partes, güey.

Un tiempo después, sumergido en el estudio del pensamiento mexicano, me di cuenta de que la versión del futbolero había sido precisa, porque México siempre ha sido múltiple, quizás más que cualquier otra nación latinoamericana. Esa multiplicidad no es consecutiva sino simultánea, no es armónica sino contradictoria, y aunque parezca inerte como sus pirámides o sus volcanes, la verdad es que está siempre en flujo y cambiando de piel.

Por mucho tiempo, la institucionalidad que surgió luego de las guerras de la Revolución Mexicana (1910-1920) dio la impresión de aglutinar los diferentes Méxicos en un solo proyecto de nación. Ese nacionalismo revolucionario implantado por un partido —el PRI— cuyo nombre mismo forma la bomba de tiempo de una paradoja, se integró a los modos en que los mexicanos se entendieron a sí mismos y su relación con el estado, hasta que sobrevinieron crisis cada vez más profundas, las que revelaron la flaqueza de un régimen cuyo ímpetu igualitario, democrático y nacionalista se había desvirtuado por completo. La matanza de Tlatelolco de 1968, el terremoto de 1985, los escándalos de corrupción financiera y electoral, la elección robada de 1988, los asesinatos de Colossio y Ruiz Massieu, junto con la rebelión zapatista de Chiapas pusieron de manifiesto el virtual fracaso de México como nación moderna y el triunfo agrio de su fragmentación tanto tiempo suprimida.

La caída del PRI como partido hegemónico pareció funcionar como parche temporal de los conflictos, pero la presidencia del líder coca-colero Vicente Fox —producto del oportunismo y del marketing— ha dejado en evidencia que la antigua institucionalidad, basada en la práctica del autoritarismo y legitimizada con un discurso de una supuesta mexicanidad común, había permanecido intacta. Así como el PRI manipulaba elecciones y

convertía el ejercicio del voto en una farsa ritual, el PAN ha perfeccionado el método con tecnología informática y una buena dosis de publicidad negativa en las campañas.

El enredo de esta elección demuestra que la crisis mexicana está lejos de resolverse, pero al mismo tiempo demuestra que al México neoliberal, que se expresa políticamente en el PAN, se le hará cada vez más difícil imponerse por sobre los otros Méxicos que existen por todas partes, de Chiapas a Los Ángeles. Me pregunto hoy por quién habrán votado mis antiguos colegas pintores, el que convivía en la vida y en la muerte con Pedro Páramo, o el que admiraba las hazañas deportivas del arribista Lalo Coraje y creía que México contenía un Chile. Tal vez en algún galpón oficial estarán sus papeletas, esperando que las consideren en las cuentas oficiales.

El Americano Feo y el retrato de Bin Laden

Las caricaturas me hacen llorar.

(Gloria Benavides)

Tengo un hermano que desde hace décadas se gana la vida dibujando retratos en la Plaza de Armas. Allí, en el centro emblemático de la ciudad, ha visto actos de coraje y grandeza, así como ha presenciado su cuota de mezquindad y prepotencia. Me ha contado que los artistas callejeros se vuelven parte de la escenografía urbana, tan invisibles para algunos como los árboles, los faroles o los escaños del lugar. Los artistas, como para desquitarse, miran a los transeúntes con cierta distancia, como a una masa anónima desde la que, de vez en cuando, se desgaja un alma perdida y se detiene a mirar una caricatura, un retrato ajeno, o una pintura que lo saca de la introspección autista con que se desplazaba por la ciudad. Ahí, junto al atril y sus muestras, el artista callejero espera que le dirijan una palabra o una mirada. Mi hermano (seguro que usted lo ha visto alguna vez si ha pasado por la plaza, seguro que él a usted también) usa como anzuelo caricaturas de personajes de actualidad: deportistas, políticos, poetas, la Bolocco y Menem, héroes, villanos, alguna estrella fugaz que quema sus quince minutos de fama. Estas muestras no se venden, por lo general, porque su función es la de tentar al paseante o al turista. La caricatura se ofrece democráticamente, no como privilegio de los famosos. El Chino Ríos, el Papa, Osama Bin Laden, y usted: es cosa que se atreva a sentarse en el banquito por cinco minutos.

Hace unos días, mi hermano me contó que un turista norteamericano se detuvo a mirar sus dibujos. El paseante le hizo

una seña a un grupo de amigos suyos, indicando a Osama Bin Laden entre el panteón de personajes de actualidad. Me imagino, porque la conozco tan bien, la sonrisa franca con que mi hermano debe haber respondido al gesto de interés de un potencial cliente. Después de todo, hay días en que ni siquiera salva el gasto de la locomoción, ni el de la bodega donde deja sus bártulos por la noche. El turista gesticuló, rodeado de sus amigotes, dando a entender que quería comprar el retrato del fundamentalista. Después de un tira y afloja, el gringo sacó de su banano un billete de cinco mil pesos. Apenas Osama estuvo en sus manos, lo cubrió de escupitajos, balbuceando insultos, salpicando a mi hermano, que lo miraba con asombro. “Esto es lo que pienso de Bin Laden” exclamó, rasgando de arriba a abajo el cartón humedecido. Luego lo partió en pedazos, se los lanzó a mi hermano, los pisoteó y se quedó esperando la respuesta a su provocación, con su cara rubicunda, seguro entre las risotadas de sus compinches. La respuesta no llegó, ni de parte de los que se detuvieron a presenciar el exabrupto, ni de parte del artista, ducho en el arte de sobrevivir con que ha sorteado los peligros del oficio en la plaza, en las selvas bolivianas, en los bulevares de Mar del Plata y en las callejuelas bravas de Cartagena.

“Claro que me dio rabia, pero él andaba en patota” me explicó Gerardo, “y además, ya había pagado”. En esa explicación están las claves de por qué el incidente me molestó tanto, al punto de fantasear haber estado allí para cantárselas claras al gringo en su propio idioma. Porque una cosa es despreciar a Bin Laden (como lo hacemos mi hermano y yo de manera profunda) y otra es permitirse escupir y pisotear el trabajo de alguien que se gana la vida en la calle. La primera clave es evidente –esa “coalición” de guardaespaldas socarrones fue la que envalentonó a alguien que estando solo no se hubiera atrevido a tal performance. Otra

clave es la noción implícita de que todo se compra: el pago es licencia para insultar y humillar.

Me pregunto si después del ataque de septiembre del año pasado el estereotípico *Ugly American* tiene indulgencia para comportarse como si todo el mundo fuera su propia tira cómica. Me pregunto también si es que realmente cree –como los que queman monigotes del tío Sam o de George W. Bush– que destruyendo la efigie del enemigo, lo derrotan. Y me pregunto si cree que siempre tendrá amigos dispuestos a acompañarlo en sus atropellos, por legítimos que sean sus motivos. ¿No será este mínimo incidente en la remota Chilelandia una muestra de que las caricaturas son las que realmente mueven el mundo?

Un corral ancho y ajeno

Hace unos años recuperé la antigua costumbre dominguera de levantarme temprano para cumplir con un deber religioso. El templo es una cancha de fútbol en algún lugar de Pennsylvania y el rito es el rito universal y democrático de toda pichanga. Se eligen jugadores para dos equipos, se sortean lados y nos largamos a comulgar con la pelota un par de horas, hasta que el cuerpo no aguanta más y grita: *Ite, missa est!*

Al principio éramos pocos –es difícil, en esta tierra de infieles, conseguirse gente que a) sepa jugar al fútbol y b) esté dispuesta a hacerlo todos los fines de semana. Paulatinamente, se fue formando la base de un grupo de extranjeros en el que todos los continentes están representados. Somos una especie de Naciones Unidas que todos los domingos se junta en el culto ecuménico del balompié. Hay en el grupo –o hubo en algún momento– jugadores y jugadoras de Alemania, Francia, Italia, España, Inglaterra, Grecia, Canadá, Israel, Palestina, Argentina, Canadá, El Salvador, México, Honduras, Bielorrusia, Guatemala, de las dos Chinas, Corea, Suecia, Perú, Ecuador, Venezuela, Colombia, Austria, Bulgaria, la India, Egipto y Togo. Por supuesto que hay varios chilenos que nos distinguimos más por el entusiasmo que por la habilidad futbolística.

No es que exista armonía todo el tiempo. A veces el fragor de las patadas o las recriminaciones logra agriarnos el ánimo, especialmente a aquellos que se dejan llevar por la testosterona. Hay un par de rivalidades históricas entre jugadores y por eso uno tiene que tratar de dejarlos en el mismo equipo, para que no se agarren. La mayor parte del tiempo, sin embargo, cunde la

buena voluntad, al punto de que no es extraño que uno felicite a un contrincante por una buena jugada. Yo colaboro a menudo a esta armonía con mis medidos pases al contrario.

Por supuesto que de vez en cuando llegan a jugar gringos. Hay bastantes de ellos cerca de Filadelfia y a algunos parece gustarles mucho el fútbol. Incluso hay unos pocos que no son nada de troncos, especialmente las mujeres. Pero jugando con este grupo, los “locales” se sienten como pollos en corral ajeno, al verse rodeados de tantos extranjeros y al oír idiomas medio raros sin ningún subtítulo. Como deferencia, los *foreigners* nos esforzamos por hablar en inglés para que no se sientan excluidos, pero igual se les nota la incomodidad de verse en minoría en su propia casa y no falta el gringo patudo que para compensar empieza a dar órdenes de cómo jugar, siendo que apenas entiende la diferencia entre un puntete y un toperol. Hay uno apodado Robocop, pura musculatura de acero y chillido marcial, que es especialmente duro de tragar.

Una de las mejores partes de esta misa deportiva dominical es el entretiempo, cuando nos sentamos en el pasto al borde de la cancha y nos ponemos a conversar mientras peleamos con la sed y con los calambres propios de la edad. También es agradable el colapso general al final del partido, después del “último gol gana todo” que indica que ya la bencina se agotó.

Me acuerdo que después del 11 de septiembre del 2001, estuvimos conversando sobre las Torres Gemelas, intercambiando impresiones en voz baja, tratando de darle algún sentido a esos cielos semivacíos, mirando la silueta inquietante de los pocos aviones plateados que nos pasaban por encima en su descenso al aeropuerto de Filadelfia. Los norteamericanos del grupo sintieron sin duda una gran solidaridad en esos momentos y el fútbol fue para todos nosotros una gran terapia. Le traté de contar a un

gringo que para el 11 de septiembre del 73 yo también había estado jugando una pichanga, en una cancha de tierra de Santiago de Chile que todavía estaba mojada por la lluvia de primavera. El sol se asomó al atardecer de ese día, y al ponerse horizontal debajo de un techo de nubarrones, iluminó la columna de humo que se alzaba de las ruinas de La Moneda. El compadre, sin saber muy bien de qué le hablaba yo, se quedó callado después de repetir “bombardeo” y “columna de humo”. Fue como conversar con Homero Simpson.

Un domingo, después del partido, el tema de conversación obligatorio fue la guerra de Irak y los medios de comunicación. La internet y la televisión por satélite (incluida la tele chilena) nos da una perspectiva diferente a la que recibe el norteamericano común, la filtrada por CNN, Fox, ABC, NBC y CBS. Sacándonos las canilleras, entre todos comparamos notas de lo que habíamos visto en la BBC, en la Deutsche Welle, en la Radiotelevisión Francesa, en TVN Chile y hasta en Al-jazeera. Tirados en el pasto de la cancha, los extranjeros nos sentimos en libertad de hablar sin tapujos de la atrocidad que vislumbrábamos en esta guerra aun antes de que se empezara a deshilar la ficción de la invulnerabilidad de las tropas aliadas y sus municiones mágicas. Despotricamos en grupo y al aire libre con nuestro inglés macarrónico. Los únicos que no dijeron nada fueron los gringos, que se despidieron muy cortésmente cuando estábamos en lo mejor. Después, como siempre, el grupo se disgregó.

Mientras volvía a la casa con las patas adoloridas, pensaba en la encuesta de enero pasado que reveló que el 44% de los súbditos de George II creen que los terroristas del 11 de septiembre eran iraquíes. El 6% cree que entre ellos había por lo menos un iraquí, mientras que el 33% no tiene suficiente información como para aventurar ninguna respuesta. Los que sabían que no había

un solo iraquí entre los terroristas llegaban apenas al 17%. Sin embargo, dos de cada tres norteamericanos apoyan esta guerra y en gran parte es porque creen que los ataques del 11/9 fueron fomentados por Iraq. No hay nadie que los saque de esa creencia, machacada desde el Pentágono y reproducida por CNN y compañía.

Ya entrada la noche del domingo, me puse a mirar la entrega de los Oscars, con las patas moreteadas metidas en agua tibia. Apenas se lo dieron a Michael Moore por su documental *Bowling for Columbine*, supe que el gordo iba a aprovechar para dar su buen discurso. Y así fue: habló de una elección ficticia con resultados ficticios, de un presidente ficticio que había armado la guerra por razones ficticias. “¡Vergüenza le debía dar, Sr. Bush!”, gritó mientras lo tapaban con la cortina musical. Michael se llevó aplausos (me imagino que mis compinches futboleros lo habrán aplaudido también en sus casas), pero también se llevó abucheos de parte de la asistencia hollywoodense. La cámara mediática no quiso que supiéramos bien quiénes celebraron ni quiénes abuchearon. Solo Salma Hayek, que aplaudía –mexicana al fin y al cabo– fue cabalmente identificada.

Pero se me quedó pegada en la retina la imagen de la coalición de los voluntariosos que armó el gordo Moore en el escenario del teatro Kodak –la mayoría de ellos documentalistas extranjeros que podrían perfectamente compartir la pichanga dominguera con nosotros, conversa incluida.

Sé que hay muchos norteamericanos, como Michael Moore, y cientos de miles de otros que se las han jugado por parar esta guerra, pero también estoy consciente de que aquí en el centro del Imperio la mayoría de los gringos opta por la ignorancia desafiante o por esa inocencia simulada que se pregunta hasta la náusea “¿por qué nos tienen recelo, si somos tan buenos?”.

Los ciudadanos del resto del mundo tenemos un poco de culpa en esto, porque no hemos sabido comunicarles bien que al forzado arrogante a veces no queda otra que dejarlo pagando con un buen enganche y una finta, y que el mundo fuera de los Estados Unidos sigue siendo un corral ancho y ajeno donde siempre van a estar jugando de visita.

Biloxi Blues

Hace un tiempo tuve que pasar una noche refugiado en el terminal de buses Greyhound en Biloxi, Mississippi. Había ido a parar ahí porque en una estación intermedia me subí al bus equivocado, pensando que iba a New Orleans. No salían más buses esa noche de agosto y no me quedó más que encontrar un rincón para echarme a descansar. Afuera caía un diluvio, el vestigio de un huracán que se convertía en depresión tropical al desmembrarse frente al delta del río Mississippi. No me acuerdo del nombre de ese huracán desvaído, pero en ese tiempo, hace casi veinte años, los meteorólogos usaban solamente nombres de mujer.

En Estados Unidos el bus es el transporte de los pobres, especialmente en la región más desposeída y aislada del país. Es la zona en que William Faulkner ubicó su Macondo, el condado de Yoknapatawpha, donde la historia parece pegada en ciclos trágicos de violencia, pobreza y desastres naturales. La riqueza que se genera ahí es mucha (antes fue el algodón con mano de obra esclava, hoy los casinos y la industria petrolera con mano de obra “flexibilizada”) pero se va a otras partes, o se queda en los bolsillos de unos pocos, los que se pueden dar el lujo de escapar cuando la naturaleza se pone arisca. Los huracanes del Caribe se ensañan con esa zona cuando saltan la valla de la península de Florida, como hizo Katrina. A veces el desastre viene con las inundaciones del Mississippi, tsunamis silenciosos de hasta veinte metros de alto y dos kilómetros de ancho, fuerzas tan poderosas que han llegado a revertir el cauce de los grandes ríos tributarios.

Se preguntaba Faulkner si el estado de Mississippi realmente quedaba en Estados Unidos. Sus coterráneos blancos apretaban los dientes de furia, interpretando la pregunta como una ofensa. En el diario de su pueblo, el *Oxford Eagle*, un comentarista de nombre novelesco (Moon Mullen) se preguntaba si de verdad Faulkner era un gran escritor, y contestaba: “bueno, seguro que la Cámara de Comercio no le encargaría que escribiera un folleto de promoción de la ciudad”. Eso es porque en cada una de sus novelas, Faulkner pone al descubierto lo que más incomoda a los poderosos, a los miembros de esta u otra cámara de comercio: que el pasado no es un fantasma molesto sino un cuerpo que sigue vivo y reclama su espacio, su albergue y su comida.

Pasada la medianoche, el terminal de buses de Biloxi se transformaba en refugio de desamparados, los *homeless*, de cesantes y prostitutas, de policías gordos e indiferentes capeando la patrulla de medianoche, de uno que otro taxista despistado o de viajeros con aire de náufragos acalorados que esperaban un bus que no iba a llegar hasta el amanecer. La luz se cortaba y volvía al pulso de los relámpagos morados y el estruendo de la tormenta tropical. No tenía nada que hacer más que esperar, porque la novela que estaba leyendo (había escogido una de Faulkner, sabiendo que iba a pasar por esos lugares) se había quedado en mi asiento del bus perdido, que a esa hora ya estaría en New Orleans.

Apenas me instalé en una banca para tratar de echar una pestañita, me vi rodeado de cuatro cabros jóvenes que miraban mi mochila con demasiado interés. Uno se me sentó a un lado, otro al otro lado, y los demás se ubicaron en el banco de enfrente, mirando disimuladamente alrededor. Como siguiendo un guión universal, el más grande me preguntó la hora, con el acento espeso del sur profundo. Olía a humedad y a marihuana fresca. Los demás se rieron y le aportillaron la escena preguntando si estaba

atrasado para una cita. El grandote no se inmutó y sin decir nada trató de meter la mano en mi mochila, que estaba entre él y yo. Puse la mochila entre mis piernas, medio forcejeando, mientras seguían las risas. Los policías estaban al otro extremo del terminal, conversando una mega-gaseosa y mirando cómo la lluvia se escurría en los ventanales sucios, sin que las risotadas y los forcejeos les despertaran curiosidad. Al grandote no le pareció bien mi movida y trató de hurgar otra vez entre mis cosas con una mano muy pesada. Me agaché y saqué una manzana que tenía en el bolsillo exterior de la mochila, todo mi cocaví. Se la mostré como ofreciéndosela. Me quedó mirando con los labios apretados. Tenía los ojos colorados y unas pestañas tan crespas que se le metían en el pliegue de los párpados. Como asombrado, dijo que no con la cabeza y se unió al coro de las risas de sus compañeros. Cuando saqué un minicortaplumas de mi bolsillo y empecé a pelar la manzana, el grandote se pasó la mano por la cara sudorosa, dijo *shit* estirando la “i” hasta el límite y, resoplando de la risa, me pegó un empujón con el hombro que casi me sacó del asiento. Tal vez lo descolocó o le hizo gracia la estupidez mía de mostrar un arma tan ridícula que ni siquiera le entraba bien a la cáscara de una manzana. Por la razón que sea, lo cierto es que dejaron a medias el atraco displicente que habían empezado y se fueron a buscar entretención a otro sitio, aprovechando que la lluvia había amainado un momento. Me comí la manzana de puros nervios y me quedé dormido, abrazado a mi mochila.

Al amanecer, salí a dar una vuelta por los alrededores para buscar un lugar donde comprar un café, y así me interné en la devastación urbana de Biloxi. Me encontré en un paisaje de melancolía: cascarones de edificios abandonados, ventanas tapiadas con madera y un aire de soledad casi irrespirable, denso como el vaho tibio que quedó tras el diluvio. Comparado con esa desolación, el

terminal derruido resplandecía como un oasis. En ese momento, las ficciones de Faulkner también me parecieron pálidas y acartonadas, inútiles para entender la realidad de un lugar como ése, tan abatido y fatídico. Quise imaginar cómo sería mi vida si estuviera atrapado ahí, a la espera de huracanes y desastres, recorriendo, como único consuelo, los lugares por donde pasa la gente que se va para otros lados. Di un par de vueltas a la manzana y volví a esperar mi bus, ansioso por llegar a Nueva Orleans.

Ayer vi de nuevo en CNN el terminal de buses de Biloxi, Mississippi, donde pasé esa noche de tormenta. Katrina le había agregado una capa más de destrucción a ese paisaje, para volver a poner las cosas en su lugar. He sabido que en los últimos años la ciudad se había revitalizado gracias a los casinos flotantes y los hoteles construidos para alojar a sus clientes. Todos los casinos se hundieron y los hoteles desaparecieron, algunos transportados cientos de metros por la fuerza del huracán. Me sigo preguntando qué habrá sido del grandote que no me quiso recibir la manzana y qué habrá sido de sus amigos, que supieron expresar algo parecido a la compasión con su risa burlesca y salvadora.

EPÍLOGO:
“MENOS MAL”

Cartografía

El mapa invisible

Más que un mapa, que exige una correspondencia mínima con la realidad física que representa, el Chile con que crecimos entre los 60 y los 70 era más bien un diagrama de representaciones inscritas en una trama cuya lectura estaba prescrita y vigilada con férrea disciplina. Figuras como las de la cordillera, el desierto, la loca geografía, el mar, el norte, el sur, el pueblo, el peso de la noche, la patria, la república, se ensamblaban en un discurso que admitía pocas variantes. Este ensamblaje de abstracciones era capaz –y lo sigue siendo– de producir muy eficazmente modos de comunicación y de convivencia, normativas, subjetividades y sobre todo la ilusión de una realidad concreta, la ilusión poderosa, a veces hasta arrolladora, de una comunidad.

Viajar por el territorio físico del país era en esos tiempos una suerte de antídoto contra los efectos de esa abstracción histórico-cartográfica, libresca. Los viajes eran encuentros reales con los paisajes irreductibles, con la materialidad que la escritura oficial no era capaz de contener o siquiera de sugerir. Un viaje lo exponía a uno al excedente de la experiencia que se escapa de la voracidad del discurso nacional. Viajar era una invitación a generar *a partir del cuerpo propio* un circuito de conocimiento autónomo, para formar una conciencia soberana y alternativa, una verdadera toma de posesión afectiva del territorio. Viajar era conocer y desmontar con cada paso y con cada mirada la dialéctica de inclusiones y exclusiones con que se reproducía la ficción-país.

Sin embargo, para mucha gente de mi generación y de mi entorno social, viajar era un lujo. Estábamos mucho más inmóviles

en ese entonces, pegados a un territorio reducido del que no había muchas posibilidades de salir, a menos que se tratara de una migración interna o de desplazamientos de larga duración y sin regreso. Sin viajes (y sin internet), la tarea de *navegar* por Chile era más ardua, o por lo menos tenía otro talante, mucho más dependiente de la representación escrita –las figuras a las que me refería antes son, no por nada, figuras literarias. Dicho **me** manera más directa, la idea de Chile se nos inculcó a punta de mucho libro, mucha palabra, y poco viaje de verdad. No es que esta palabra fuera mala, al contrario. Los dos grandes poetas de mediados del siglo XX, Gabriela Mistral y Pablo Neruda, fueron dedicados viajeros y entusiastas cartógrafos del país; el mismo Ercilla empieza la invención de Chile con el mapa, con las coordenadas de su ubicación en la región antártica¹.

La representación visual no abundaba; había una fotografía nacional en ciernes, un cine ambicioso, creativo y pujante pero

¹ Neruda-viajero establece su autoridad poética a través de una separación entre el poeta y una vasta mayoría de sus lectores: "quien no conoce el bosque chileno, no conoce este planeta". Mistral, mucho menos asertiva al proclamar la primacía de la palabra literaria, parece estar consciente de la diferencia entre experiencia directa y experiencia virtual, imaginando que la segunda se acomodará a la primera, emulándola, por medio de la tecnología capaz de capturar la experiencia: "la cosa vendrá y no muy tarde; se recogerá el entreveramiento de los estruendos y los ruidos de una región; sin tocar las facciones del suelo, colinas ni ciudades, posando angélicamente los palpos de la 'radio' sobre la atmósfera brasileña o china, se nos entregará verídico como una máscara, impalpable y efectivo, el doble sonoro, el cuerpo sinfónico de una raza que trabaja, padece y batalla". Para Mistral, la "geografía humana" que sueña como gran proyecto poético tiene que acompañarse –y hasta legitimarse– no solo con la sonoridad, sino con la representación gráfica ("el libro de geografía y el de costumbres no deberían llevar página ayuna de estampas") y con el cine mismo: "el cine es aquella cinta viva, coloreada por la vida misma y asistida en su relato de movimiento, de expresividad, de color y calor, de arte, belleza y verdad". Ver el impecable estudio de Soledad Falabella *Qué será de Chile en el Cielo. Poema de Chile de Gabriela Mistral*. Dissertation. U. of California, Berkeley, 2001. UMI Microform 3019644.

minoritario, desvalido ante la hegemonía hollywoodense o europea, y una pintura que, con excepciones, remitía de vuelta a las representaciones literarias, y que no se aventuraba más allá del dominio del realismo o el costumbrismo.

El otro gran discurso configurador y guardián del paisaje primordial de la nación se diseminaba por medio de la historiografía. Los lugares comunes de "Chile, país de poetas" y "Chile, país de historiadores" se justifican por la forma particular y distintiva en que se formó la conciencia de la nación chilena. El origen y la teleología de la patria fueron legitimados y diseminados en un despliegue avasallador de ambos modos de escritura, que se han complementado a tal punto que el poema fundacional sigue siendo leído, en la práctica, como si se tratara de un texto histórico, a la vez que la historia popularizada está contada con estructuras y tonalidades propias de la épica. Si bien es cierto que se dieron las pugnas metodológicas y políticas de esperar dentro de nuestra historiografía, la narrativa histórica central de la nación llegaba a la ciudadanía, en general, sin cuestionamientos sostenidos o eficaces. De esta manera, la formación de la conciencia histórica no requería una socialización crítica, o una educación cívica, ni tampoco un esfuerzo mayor de persuasión, sino de actos de acatamiento frente a la narrativa hegemónica y al orden implícito en ella, tanto en lo simbólico como en lo político y social. La fortaleza del mito chileno se explica por la confluencia dinámica de un discurso poético y una práctica historiográfica, dinamizados entre sí para proveer, con eficacia y persistencia, las bases ideológicas de una nación cuya arquitectura jurídica se prestaba para prácticas autoritarias y antidemocráticas.

Menos mal

Sin embargo, existe una cartografía paralela que traza los contornos de otros territorios, otras capas de experiencia y que, a pesar de originarse en la esfera cultural más amplia, se constituye como territorio libre, a veces como un refugio frente al mapa de la nación oficial: Chile también se construye a partir de la acumulación y destilación del conocimiento histórico a través de las narrativas familiares, vestigio del poderío de una tradición oral invisibilizada.

En mi familia, esta narrativa alterna estaba enraizada en el mundo del campo, en la vida de provincia ubicada en un espacio de fabulación referido vagamente como “el sur”, desde la experiencia de la migración y el encuentro con la realidad urbana de Santiago. No hace mucho le pregunté a mi madre en qué parte nació mi abuelo y su primera respuesta fue: “en el sur, pues, en el sur”, como si eso fuera suficiente información. La familia de mi abuela paterna se caracterizaba, con una vaguedad similar, como “nortina” porque le decía *cocho* al ulpo y “pan francés” a la marraqueta. Los detalles, la verdadera información factual, solo emergen en el contexto íntimo de las historias orales: ahí es donde tiene sentido especificar que mi abuelo José del Carmen Sandoval nació en Los Ángeles, antigua provincia de BioBío y que mi abuela Iris Vallejo Borcosque tenía parentela por todo el norte, desde Huasco a Copiapó, pasando por Vallenar y Ovalle.

Ese Chile era el lugar de una memoria que no era mía sino de mis padres, de mis tíos y de mis abuelos; una memoria heredada y, por eso, llena de vacíos, contradicciones, desplazamientos y lugares prohibidos o muy celados. Al mismo tiempo, es una memoria pletórica de belleza y de profundidad afectiva; es una memoria paralela que, al ser bálsamo contra la quemante realidad de una nación injusta y violenta, funciona para mí como

sitial de resistencia y como punto de referencia para mi vida en las antípodas.

En esa memoria íntima, familiar, está la viñeta de una niña de 6 años, sentadita en una cuneta, en un pueblo en ruinas. Su cara muestra aflicción y de repente rompe en llanto. A esa edad, ella —hablo de mi madre chillaneja— se dedicaba a escribir por todas partes la frase que debiese estar en el escudo de familia (si es que lo tuviéramos): “menos mal”. En las murallas, en la caseta del pozo séptico, en un portón cualquiera, en los adobes todavía húmedos, en unas tablas, en el tronco de un árbol, la niña que iba a ser mi madre inscribía sin cesar su mensaje en código, “menos mal”, con su letra patuleca. Era un “menos mal” sentido, secreto y misterioso, la microcelebración por un peligro esfumado, por un enemigo que se distrajo, por un vidrio que no se alcanzó a romper, por un terremoto que no mató a ningún pariente cercano, por la enfermedad que pasó rozando y se llevó sólo a su hermanita. “Menos mal” por la indemnidad, por la supervivencia, aunque fuese precaria y provisoria. Un “menos mal” que se descompone como cualquier frase repetida hasta revelar un sentido adyacente, el de la constatación de que por el acto de escribir el mal se reduce o se aplaca. Mi madre fue la que me enseñó a escribir y una de mis primeras frases fue, entre risas cómplices, mi propio “menos mal”.

Alrededor de esa niña sentada en la cuneta se ven las ruinas de Chillán. Algunas de las casas a medio derrumbar todavía esconden cadáveres y ella todavía siente en su cabeza los goterones de lluvia caliente que cayeron después del gran terremoto. Mantiene en la pupila el rastro de las estrellas que vio correr por el firmamento esa noche de enero de 1939. Al verla llorando, los afuerinos (en algunas versiones de la historia son gringos llegados

en helicóptero, o carabineros, o periodistas) le daban monedas y barras de chocolate para consolarla. Se imaginaban que esa niña triste se había quedado huérfana, cuando en realidad ella lloraba porque mi abuela se demoraba mucho en volver del reparto de provisiones en el Mercado de Chillán.

Así que la niña estaba ahí sentada en la cuneta porque su madre le había dicho que no se moviera por ningún motivo. Dentro del edificio agrietado del Mercado había dos colas: una iba para el lado donde se repartía la mercadería y la otra llegaba hasta donde empezaba otra larga fila, hecha de cuerpos cara al cielo, cadáveres a la espera de que los fueran a reconocer antes de que el calor los hiciera irreconocibles. La pequeña secuencia de la niña en la cuneta, capturada en un noticiero antiguo, tiene un final feliz: la madre, cargada de provisiones, sale del lugar de la muerte y encuentra a su hija rodeada de extraños que la han llenado de regalos, monedas y golosinas. Luego, perplejos y aliviados, los curiosos la ven irse feliz, de la mano de su madre.

Con las dádivas recogidas, a mi madre le compraron zapatos. *Menos mal, menos mal, menos mal, menos mal que volviste, menos mal que no te perdiste, menos mal que entre esos muertos no había ningún ser querido.* Pero los zapatos nuevos y la curiosidad irreprimible de la niña —de la niña que siempre ha sido mi madre— la llevaron a meterse en una casa donde flameaban banderas blancas. En el campo, una bandera blanca era señal de que se vendía pan amasado, pero en tiempos del terremoto de Chillán indicaba que dentro de la casa había gente muerta esperando que alguien la fuera a sacar.

He estado en esos campos terremoteados solo de paso, o los he mirado desde la carretera, desde el tren, o desde el aire. Más que verlos, los he re-imaginado como escenarios de las historias

familiares: los ríos donde se bañaban los campesinos entre las faenas, los campos en época de trilla, la cuesta donde se aparecía el diablo en forma de mono, las quintas de recreo, los cementerios de provincia, los manzanares sombríos y los maizales, las plazas pueblerinas con sus simetrías mal ejecutadas, la plomada incierta del eterno murallón de adobe, la tierra azul cobalto con que pintaban las paredes, las alambradas y los caminos solitarios donde los niños esperaban, colgados de los portones, a ver si pasaba un vehículo o por lo menos algún caminante.

Por ahí me imagino que veo a mi bisabuelo, ya viejito, que deambula por las calles de Coihueco cargando un canasto de comida para vender. Un canasto tapado con un paño blanco, como si vendiera pan amasado o motemey. Es la voz de mi madre la que me repite el cuento y, como en todas sus historias, la moraleja va a ser "menos mal". El bisabuelo Andrés no puede vender nada porque se ha olvidado de cómo les dicen a esos cangrejos hervidos que se asoman por debajo del paño blanco. Así que se pasea con el canasto al brazo por todo el pueblo sin poder vocear su mercadería. Mi madre lo encuentra en una esquina, ensimismado y triste. "¿Cómo se llaman estos bichos, mijita?" Ella le refresca la memoria: "abuelito, se llaman pancoras". Y se ríen juntos. Ya se ha hecho tarde y tienen que volver a la casa sin haber vendido nada, tomados de la mano, sin saberse bien quién guía a quién.

El abuelito Andrés se olvidaba de todo, dice mi madre, ahora que su propia memoria se le hace arisca. Lo que sigue recordando bien son estas historias de su niñez y entre ellas la predilecta, que nosotros oímos una y otra vez, repetida también en boca de mis tías:

Una señora vestida de negro se le aparece por un camino al crepúsculo y la niña preguntona de mi madre le dice "¡señora!

¿y usted quién es?”. La mujer larguirucha y flaca le contesta de inmediato, sin mirarla:

–Yo soy la que siempre hei sío, que nunca m’hei deshacío –y desaparece en el polvo del camino.

Vieja de mierda, pensaba yo desde chico, qué vieja de mierda, quién habrá sido, adónde habrá ido, qué habrá querido decirle a esa niña preguntona que se sentaba a ver pasar gente por el camino. Tanta certeza, y más encima declarada con un cántaro de agua equilibrado en la cabeza, como en los grabados orientales, como el pie de una décima de Violeta Parra, o como en una secuencia de alguna película de Raúl Ruiz, o como en las ilustraciones medievales de los antípodas, con el pie encima de la cabeza.

Cada vez que vuelvo a Chile, al mostrar mi pasaporte maltratado, mientras el joven tira de policía internacional lo revisa y me mira la cara para compararme con la foto, en mi cabeza le digo: “yo soy el que siempre hei sío, que nunca m’hei deshacío”. Me lo sigo diciendo cuando salgo del aeropuerto y me encandila la luz que tenía olvidada. Y me lo repito cada cierto tiempo acá en las antípodas cuando me preguntan quién soy yo.

Haverford, Pennsylvania, 11 de septiembre de 2013.

Agradecimientos

A mis padres, por la incondicionalidad y la constancia de su cariño. A mi madre, Andrea Sandoval Valenzuela, por sus cartas, por el don infinito de su risa y por mostrarme que el mundo era legible. Por las poesías que nos recitaba. A mi padre, Glauco Castillo Vallejo, por su sabiduría y su firme sencillez. Por ser el niño que atrapaba pájaros en el campo para verlos de cerca y luego liberarlos sin daño alguno. Por sus cuadros nunca terminados.

A mis hermanos y hermanas, por la alegría compartida de la infancia; por darme ejemplos de creatividad, valentía y consecuencia.

A Toño Velis, Juan Tello y Patricio Acevedo, por el regalo inagotable de la música.

A Verónica Cortínez y Mili Fischer, por compartir el oficio de leer, escribir e imaginar Chile. Por la compañía leal y generosa en estos viajes literarios.

A Cristina Parra, Arturo Escandón, Eugenio Ahumada, John Müller, Javier Campos, Carlos A. Trujillo, Anita Figueroa, Marcelo Coddou, Oscar Sarmiento y Liliana Trevizán, por ser los antípodas más fieros y granados de las regiones más remotas.

A Carlos Orellana y Ximena Torres Cautivo, por haber confiado en la letra rara de un antípoda.

Índice

I- LA VERDE ÍTACA	15
Condición de pertenencia	17
<i>Ya no pareces chileno</i>	17
<i>La lengua de las antípodas</i>	19
La X en la pandereta (1964)	23
Interludio y respiro	29
La mirada panóptica (1979)	37
¡Viva Chile! (1992)	43
Postales de Filadelfia para Aleem, mi hijo	47
1980	47
1991	48
2010	49
Elogio del resentimiento (1973-2013)	51
<i>El acento delator</i>	51
<i>Nunca volví al horroroso Chile</i>	51
<i>Elogio del resentimiento</i>	54
<i>Coda y respiro</i>	57
Santiago	59
<i>El Chacal de la Trompeta</i>	63
II- LAS TRAMPAS DE LA NOSTALGIA	67
Nostalgia de la buena	69
<i>El lado de acá</i>	69
<i>El corazón hipocondríaco</i>	73
<i>De norte a sur con su fragancia</i>	76

III- CARTAS DESDE LAS ANTÍPODAS	79
Regiones de la imaginación	81
País de poetas	85
Oda al niño de la víbora	89
Música en la noche	95
Liliput conquista Europa	97
Pibes de todos	101
Escolar ladrando a la luna	105
Los pingüinos vistos desde la distancia (premonición)	109
Aún tenemos Música, chilenos (advertencia)	113
No pasa nada	117
Grandes chilenos	121
La última aventura de Papelucho	127
Cuerpos para la foto	131
De Tunick a Spiniak: el festín de mierda	135
La persistencia de los nazis en Chile	139
Arturo Prat y la santidad patriótica	147
El último crucero de la Esmeralda	151
<i>Bicentenario</i>	151
<i>Al abordaje</i>	152
<i>Bajo cubierta</i>	154
<i>Tierra firme</i>	156
El Caupolicán postizo	161
<i>Indios en los confines</i>	161
<i>Coatlicue</i>	162
<i>Caupolicán: el monumento de papel</i>	166
<i>Operaciones de encubrimiento</i>	171
El constante corazón de Chile	175
<i>Ante bellum</i>	175
<i>Los cuerpos de la patria joven</i>	176
<i>El corazón, oído fiel</i>	181
<i>Dos corazones quisiera tener</i>	184

IV- EL CUMPLEAÑOS DE NUESTRA SOLEDAD	187
El cumpleaños de nuestra soledad	189
El centenario de Salvador Allende	193
El ciclista que venía de vuelta: 11/9/1973	197
Momento amargo, momento oscuro	201
Tierra de campeones	205
Dios le dé vida y salud	209
Sursum, corda!	213
“Se muere la perra, se acaba la leva”	219
Justicia con flema	223
Arqueología de la corrupción	227
Una mujer dañada	231
La banda presidencial a luca	233
Transantiago como metáfora	237
Gonzalo Vial (RIP) pseudo-historiador, y la teleserie	239
El diario de Agustín: dominio registrado	243
Hermógenes Pérez de Arce goes south	251
El Gato Alquinta y la banda sonora de nuestra vida	255
Tema del traidor y del héroe	259
5 de octubre de 1988, Boston, Massachusetts	261
La pollera amarilla	261
Yo no maté a Víctor Jara	267
Confesiones de un ateo	271
Príncipe nuestro	275
Canibalismo amistoso	277
V- CRÓNICAS DE VIAJE Y NOTICIAS SECRETAS	279
Controles fronterizos	281
Argentina: ¿Un solo corazón?	285
El Caballero de la Blanca Luna y Fidel Castro	289

Habanera en tres tiempos	293
Arte de pájaros	297
Lugares de la memoria	301
Infante difunto	305
La pieza de Ernest Hemingway	309
Tierra arrasada	313
Alumbra, lumbre de alumbre	319
El otoño del caudillo	321
<i>Una épica compartida</i>	325
<i>Por rey jamás regida</i>	328
<i>Nuestro general</i>	329
Muchos Méxicos	333
El Americano Feo y el retrato de Bin Laden	337
Un corral ancho y ajeno	341
Trampa 22 y sacos de pelotas	347
Películas de Nueva York	353
Biloxi Blues	357
El hombre sin pesadillas	361
EPÍLOGO- "MENOS MAL"	363
Cartografía	365
<i>El mapa invisible</i>	365
<i>Menos mal</i>	368
AGRADECIMIENTOS	373
ÍNDICE	375